



S. ŽIŽEK y A. BADIOU, *Filosofía y Actualidad. El debate*, Amorrortu, trad. de Silvina Rotemberg, Buenos Aires, 2011, 96 pp. ISBN: 978-8461090426.

La conjunción de la filosofía y de la actualidad que refleja literalmente el título del libro no resulta casual, sino que presupone la posibilidad del diálogo de la filosofía con el presente, especialmente si por filosofía entendemos la expresión adecuada de la voluntad de inmediatez, es decir, si la filosofía puede resultar un estímulo para la comprensión de los hechos actuales, ordinarios o no. Con este propósito surge la conversación filosófica entre Slavoj Žižek y Alain Badiou como un registro del conocido debate entre ambos que tuvo lugar en Viena en 2004. La clave de lectura de aquel debate público entre Žižek y Badiou se encuentra ya en el prólogo de Peter Engelmann al sugerir, en resumidas cuentas, para sorpresa del filósofo en general y del auditorio en particular, la posibilidad de que la filosofía no contemple el diálogo. Lo más llamativo y recalitrante de todo, es que, para justificar la imposibilidad o inexistencia del diálogo filosófico, hay que pensar el acontecimiento previamente, como es de esperar, desde Žižek y Badiou.

El hecho de pensar el acontecimiento lleva inexorablemente a considerar la filosofía una situación específica. Pero, aunque la “situación filosófica” representa un carácter excepcional en tanto que muestra (“aclara”) el valor de la filosofía como acontecimiento, la filosofía piensa en “una relación paradójica”, aquello que no es como es. Badiou recurre a la premisa, indemostrable, de que el filósofo no puede hablar de todas las cosas a fin de extraer la conclusión de que la filosofía, incapaz de responder a todos los viejos problemas, consiste en la invención de problemas nuevos. Lo que queda representado en el paso filosófico de la opinión a la situación filosófica, la versión de Badiou del mito de la caverna en que ahora el conocimiento de la idea del bien se reconoce imposible. De esta manera, la filosofía resulta una “intromisión” en el presente actual inmediato, no una provocación o una muestra de curiosidad o incluso de sentido común refinado. La filosofía sería algo así como un producto de la imaginación que no se distingue realmente del mito, y que consiste en “narrar una historia”, es decir, en la “escenificación de la relación imposible”. Y aquí estamos sumidos de nuevo, incluso inconscientemente, en el relato excesivo de la posmodernidad que seguramente se muestra impasible en tanto que ineficaz. Sin embargo, dice Žižek, “la filosofía posmoderna ofrece la apariencia de pensamiento para desacreditar de antemano todo acontecimiento” (54).

Pero la necesidad de determinar las condiciones para lo que Badiou ha llamado una situación filosófica contradice abiertamente el carácter inconmensurable del acontecimiento, de lo real: un momento de elección entre las ideas y la vida o la conducta de la vida, entre el pensamiento y el ser-ahí; la distancia entre el poder y la(s) verdad(es) o el pensamiento creativo; y la

excepcionalidad del acontecimiento como resistencia al “conservadurismo social”. Dicho de manera mucho más desconcertante si cabe, el filósofo se define como extranjero, y es que convoca lo extraño del pensamiento nuevo (una expresión profundamente emersoniana) y, al hacerlo, apela al sentido universal de toda la humanidad por pura convicción. Hay, por tanto, una dialéctica de lo universal en la manifestación de lo local, donde se muestra el sujeto, y de lo global, donde se produce un proceso infinito, de tal modo que lo universal surge en el acontecimiento para hacer posible el revisionismo sustrayéndose de las particularidades, mientras que lo universal es al mismo tiempo lo singular en tanto que se trata de aquello que actúa como proceso en una situación determinada. Pese a todo, Badiou y Žižek coinciden en una filosofía afirmativa que reivindica la dimensión trascendental humana, lo que Badiou llama “lo humano excesivo” y Žižek experimenta como un “espacio de redefinición”, provisto de dosis de terror, propio de lo inhumano.

Por otra parte, el diálogo, definido como lugar común, aparece un motivo de disputa entre filósofos que revela la falta de comprensión mutua, una perspectiva diametralmente opuesta a la desigualdad de los diálogos platónicos entre Sócrates y el resto de los interlocutores. Con esta perspectiva, el filósofo, comparable al psicoanalista, sería quien evita el diálogo, en lugar de producirlo, y se dirige a la “opinión pública europea”, su paciente predilecto. Por lo que tiene que ejercer un trabajo de arbitraje y de moderación que consiste en encargarse de “modificar los conceptos del debate” identificando especialmente las falsas alternativas, lo que Deleuze ha llamado la “síntesis disyuntiva”, evitando hacer una elección radical. Aquí resulta conveniente esclarecer los términos del debate en relación con la presentación de la filosofía por Žižek como sucedáneo de la revolución, bajo el paradigma del idealismo alemán, en el sentido de que la ausencia de revolución es la condición de posibilidad de la filosofía. Ambos, Žižek y Badiou, piensan que la filosofía representa la anormalidad, solo factible en estrecho vínculo con el arte y el amor, resistencias potenciales ante la muerte, y la ciencia y la política; una literal “dislocación” inicial que resulta el efecto de la extrañeza respecto a la cultura, y que Žižek convierte en una apología de la kantiana *Weltbürgergesellschaft*, sociedad ilustrada de ciudadanos del mundo, en que lo singular, el uso privado de la razón, participa directamente de lo universal, el uso público de la razón, lejos de la intuición, de la “rareza”. Pero ¿acaso no es el acontecimiento sino la vieja intuición que explica históricamente la difícil relación de la filosofía con el presente?

**Antonio Fernández Díez**